

El Cable.

Cuando Altec se despertó, con los ojos aún cerrados, notó un dolor lacerante a lo largo de toda la cintura. Tratando de escapar a la frialdad de la hibernación, recordó que le habían dicho que no sentiría molestia alguna al salir de tal estado, y concluyó que se quejaría de las malas condiciones del viaje. Una vez sus sentidos regresaron del todo, aquel le pareció un inútil, absurdo pensamiento.

Estaba colgado de una especie de cable, no se le ocurría mejor símil, fuertemente enrollado alrededor de la cintura, apretado con tanta fuerza que en ocasiones no era capaz de respirar. El cable estaba suspendido entre dos descomunales paredes de un acantilado natural, y era tan largo que por mucho que mirara hacia arriba no alcanzaba a ver su comienzo. Miró hacia abajo y sólo encontró un abismo al cual, frecuentemente, caían pequeñas piedras que se perdían en la densa oscuridad de su fondo, del mismo modo que otras caían sobre él de vez en cuando.

Miró hacia los lados y se vio obligado a vomitar.

A los lados había muchas otras personas que, como él, estaban suspendidas de aquellos extraños cables. Algunos emitían susurrantes gritos agónicos que en un principio Altec había confundido con el ulular del viento. Muchos trataban de forcejear mientras proferían amenazas de todo tipo. El resto estaban muertos. En avanzado estado de descomposición en muchos casos, putrefactos y hediondos, las ropas sólo débiles jirones de piel. A su lado estaban sus dos compañeros, con quienes había planeado el viaje de regreso a la Tierra, al añorado paraíso. Las cosas no habían salido como esperaban, pensó.

- Darin, ¿puedes oírme? –comentó en voz baja. Por un momento se temió que estuviera muerto, de modo que lo intentó otra vez-. ¿Darin?

- Se está haciendo pasar por cadáver –explicó Ulie, su otro compañero, mostrando signos de estar muy fatigado. Altec se lo imaginó luchando como a los otros-. Cree que de ese modo se olvidarán de él.

- Y lo mantengo –susurró Darin apenas moviendo los labios.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido de la nave? –preguntó Altec, cada vez más nervioso.

- No lo sabemos, cuando despertamos de la hibernación también estábamos aquí. El único que debía saber algo es el piloto, pero ya es tarde para preguntarle.

- ¿Qué ha sido de él?

Ulie hizo un vago gesto hacia un cable suelto que estaba cerca de él. Desenrollado resultaba aún más peculiar que enrollado alrededor de alguien.

- ¿Dónde estamos?

- Creo que cogimos una estampida magnética, pues mi astroductor está estropeado. Supongo que el piloto se vería obligado a desviarse de la ruta y pararía en algún planeta cercano a examinar los daños.

- De modo que estamos en un planeta desconocido de una región desconocida del Universo. A merced de quién o qué, es una incógnita.

- Así es –dijo Ulie, claramente cansado. Fue cuando Altec se dio cuenta de que estaba también cansado, pero no lo había notado porque debía llevar así mucho tiempo. Se preguntó cuánto faltaría hasta que empezara a tener hambre y sed.

- Tenemos que intentar salir de aquí –reflexionó en voz alta.

- Adelante –le sugirió Ulie, visiblemente desanimado. Altec empezaba a percibirle no muy distinto de los otros que les rodeaban. Miró a Darin resignado. Tal vez lo mejor era imitarle, reflexionó por un momento. Pero al fin se olvidó de dicha idea para centrarse en la suya.

Empezó a balancearse, con suavidad para no desgastar el cable –aunque pensó que parecía muy resistente- y con lentitud para no estrellarse contra las estrechas paredes, más aún cuando estaban llenas de toda clase de salientes afilados. Finalmente se agarró con los pies a un pico puntiagudo y trató de liberar las manos rozando el cable contra él, haciéndose profundos y sangrantes cortes en el intento.

Fue más o menos a partir de entonces que el cable empezó a apretar con más fuerza, tanta que le rompió la mayor parte de las costillas. Emitió un alarido que reverberó por el acantilado con considerable intensidad, pero no destacó especialmente entre el conjunto. Parecía como si su dolor particular no fuera más que una gota en un inmenso océano de desdicha.

Se desmayó y se dejó caer, efectuando amplios vaivenes oscilatorios. Para cuando despertó ya estaba quieto de nuevo, y un fuego le ardía por todo el pecho. Ulie le estaba mirando.

- Vamos... vamos a morir, ¿verdad?

- Hace un rato –dijo Ulie como si no le hubiera escuchado, su voz mucho más débil que antes-, han subido a varios. Sus gritos han resonado por todo el acantilado, con más fuerza de la que todos nosotros juntos podríamos efectuar.

- ¿Estaban por aquí?

Ulie señaló a su lado. Darin no estaba. No quedaba cable siquiera, como si para siempre se lo hubiera tragado la tierra, como si en realidad nunca hubiera existido.

- El pobre idiota se pensaba que podría fingir –reflexionó Ulie, tosiendo sangre-. No sé cómo lo hacen, pero nos tienen controlados para erradicar todo intento de fuga, como has comprobado. ¿Estás bien?

Altec miró a su alrededor.

- En términos relativos, sí –contestó escuetamente.

Al cabo de un rato llegó el hambre y la sed. El fuego interior fue sustituido por acidez bucal, cada vez más abrumadora hasta que parecía a punto de fundir su garganta. Ulie parecía sentirse igual, pero lo fingía mejor.

- No vomites, o pasarás más hambre aún –se limitó a decir. Altec hacía lo que podía, pero la sola visión del panorama le producía arcadas. Unido al pestilente olor a carne corrupta y heces que flotaba en el ambiente, era imposible para él seguir tal consejo. Vacío el estómago hasta las mismas vísceras. Algunas veces tenía puntería y no se manchaba, otras, presa de rápidas urgencias, no poseía tanta suerte y acababa atinando en la cadera o en las piernas.

Pasaron varias horas, o tal vez días, Altec no lo sabía bien. Un terrible dolor, punzante y quebradizo, empezó a agujonearle el pecho, y comprendió que una costilla estaba presionando la caja torácica. Si no hacía algo moriría por hemorragia interna. Pensó que allí tal vez no era tan mala muerte.

Volvió a balancearse de un lado a otro. Si iba a morir, por lo menos que fuera rápido, le volverían a aplastar de nuevo y todo se acabaría en un abrir y cerrar de ojos. Ulie le miró desconcertado.

- ¿En qué estás pensando? –dijo sin más, como si estuvieran tranquilamente tumbados en alguno de los prados terrestres de los que tanto habían oído hablar.

- No voy a morir aquí. Aquí no. Estando tan cerca no.

- No lo has aceptado aún –comentó Ulie con sencilla parsimonia-. Una vez leí que cuando se sabe que se va a morir la fase final es la de aceptación. Tú debes encontrarte aún en la negación.

- Intenta liberarte, Ulie –rogó Altec.

- No quiero caer, ni tampoco que me aplasten... de nuevo –añadió con un jadeo.

- Por favor, Ulie... inténtalo –suplicó Altec.

- Sólo quiero pedirte un favor antes de que intentes huir.
- ¿Cuál es?
- Cuando te balancees, empújame para que pueda atravesarme con los salientes del desfiladero.

Altec le miró sin poder responder. No le alarmó la petición, ni le entristeció tampoco. Empezaba comprenderla, y aquello le asustó aún más. Sin embargo no concedió ese deseo a su amigo: no tuvo ni siquiera que pensar si quería o no hacerlo, sabía perfectamente que no tenía fuerzas para algo así. No si una vez más pretendía tratar de romper el cable. Por un breve, brevísimo momento, se planteó si estaría comportándose de un modo egoísta, pero pronto lo olvidó. En su mundo de penurias ya no tenían cabida las sutilezas morales.

Se movió de un lado para otro, jadeante, moribundo, tratando una vez más de llegar a alguno de los dos bordes del acantilado. Mientras lo hacía se fijó en que muchos otros, a lo lejos, trataban de hacer lo mismo, la mayoría aún en su primer intento. Se esforzó en no mirarles y en concentrarse en la tarea, cosa no muy difícil, pues cualquier novedad era buena para tratar de ignorar tanto el persistente pinchazo como los secos crujidos que acompañaban a sus movimientos, que le robaban sangre y aire por momentos. Se dio cuenta de que iba a morir. Pero si iba a hacerlo, pensó, no sería colgado como un peso inerte.

Se apoyó de nuevo, pero esta vez no trató de liberar las manos sino de cortar directamente el cable desde su raíz. Sabía que era una locura, que caería y se quebraría como un muñeco roto, pero la adrenalina actuaba por él y sólo le permitía albergar un objetivo en su cabeza. Escapar. A costa de lo que fuera, la propia vida incluida.

El cable, aunque resistente, comenzó a ceder. Casi al mismo tiempo volvió a notar aquella horripilante presión en el pecho, machacando sus órganos internos y mermando aún más sus graves heridas, pero ya era demasiado tarde. El cable se rompió y soltó un fluido viscoso al hacerlo. Comenzó a caer. Al principio caía lentamente, más lento de lo que hubiera caído en la Tierra y en cualquier otro planeta habitable, pero aun así la gravedad comenzó a ejercer su atracción y ganó velocidad, como un pequeño proyectil. Altec sabía que, irremediamente, iba a morir. Y eso le llenó de una inmensa paz y tranquilidad, como si en verdad hubiera llegado al estado de aceptación comentado por Ulie.

Al cabo de unos segundos de descenso los cabos rotos de cable perdieron presión y pudo soltarse, alejándolos de él con un gesto esforzado hasta que se perdieron en la penumbra, pero cada vez era más difícil intentar agarrarse a algo, pues a cada segundo poseía más aceleración. Llegó un instante en el que no aceleró más. Se preguntó por qué sería, y al fin comprendió que el rozamiento del aire contrarrestaba la fuerza de la gravedad, de modo que descendía a velocidad constante aunque más que suficiente para acabar con él en cuanto tocase el suelo.

Sin embargo seguía cayendo, y el final no llegaba.

Horrorizado, comprobó que atravesaba más niveles de gente que estaba colgada y agonizando, y así estuvo durante tanto tiempo que le pareció eterno. Tal fue su desesperación que se aferró una vez más a la esperanza de vivir, y contra toda lógica estiró la mano tratando de agarrarse al borde del acantilado. El esfuerzo fue supremo, absolutamente titánico, pero tenía que intentarlo, tenía que aguantar la tensión que sufriría en cuanto parara su movimiento en seco.

No lo logró. Por mucha que fuera su voluntad no sirvió de nada, pues al agarrarse con todas sus fuerzas lo único que consiguió fue que el tirón le arrancara el brazo de cuajo, apenas profiriendo un ahogado grito de dolor y prosiguiendo su viaje en lo que iba dejando atrás a su extremidad por poseer menos masa que él, rebotando de

lado a lado inestable. Al menos, pensó Altec sumido en su sufrimiento, tarde o temprano su vida acabaría, ya que alguno de los golpes se encargaría de rematarle. Al menos no tardaría en encontrar la verdadera paz. El destino no le otorgó esa última gracia.

Lejos al principio pero acercándose con rapidez apareció uno de aquellos cables que le agarró con delicadeza y le atrapó de nuevo, sin siquiera necesidad de apretar. Altec no era capaz casi ni de levantar la cabeza. Gradualmente ascendió de nuevo, pasando de largo por aquellos otros espectáculos dantescos que había ido encontrando por el camino y llegando por fin al suyo, donde vio a Ulie desmayado, quizás incluso muerto. Pero el cable no se detuvo. Siguió subiendo, y subió, y subió hasta que al fin se encontró al pie del acantilado, pisando tierra de nuevo. Escuchó un murmullo orgánico que le heló el alma, y tras un momento de espera interminable, miró al frente. Y de repente, antes de tan siquiera darse cuenta de que estaba gritando, comprendió que aquello que le sujetaba no era ningún cable.

No mucho tiempo después, en el horizonte se perfiló la silueta de una aerodinámica nave.

- Alfa quince, somos un equipo de rescate, ¿nos oyen? Repito, ¿nos oyen?
- Déjalo, Elr –comentó el copiloto con calma-. Si su nave se estrelló deben estar en aquel cuadrante –señaló un punto en el vacío cósmico-. Debemos mirar.
- No me gusta la idea. No sabemos nada de ese lugar.
- Sí, pero si están allí nosotros somos su única esperanza. Debemos intentarlo.

Elr no dijo y nada y mantuvo el rumbo. Y en aquel planeta desconocido para los mapas, cuando la nave de rescate eclipsó las estrellas del firmamento, se escuchó un spectral aullido agradeciendo la nueva comida ofrendada por los cielos.